

ALFONSO ESCUDERO

UN ASPECTO DESDEÑADO DE JOAQUÍN EDWARDS BELLO

EL LECTOR común parecería preferir que cada escritor sobresaliera en una sola especialidad. Y así, no importa que Lope de Vega sea un poeta lírico excelso: el vulgo continuará catalogando a Lope exclusivamente entre los dramaturgos.

Algo semejante le pasó a Joaquín Edwards Bello. Escribió novelas duraderas (*Valparaíso, la ciudad del viento; Criollos en París, etc.*) y fue un cronista que se leerá siempre. ¿Para qué más?

Pero Joaquín fue, además, un cuentista digno de codearse ventajosamente, por ejemplo, con la mayor parte de los que figuran en la *Antología* publicada por el Instituto de Literatura Chilena.

Y escribió cuentos desde muy joven, y los publicó. *Cuentos de todos colores* se llama uno de sus primeros libros (1912); la primera edición de *Nacionalismo continental* (Madrid, 1925) recoge *La salitrera, La señorita Mendiburu, El bandido*; y "La Nación" siguió prestigiándose con cuentos suyos hasta hace muy poco: *La sirvienta* (13-II-1928), *El cipayo chileno* (24-XII-28), *El gringo tatuado* (3-III-37), *El naranjo del patio* (29-VII-37 y 30-VI-60), *Una lectora* (3-VI-48), etc.

Reproducimos *El naranjo del patio*.

EL NARANJO DEL PATIO

La casa nueva se ofrece a veces como un corolario de felicidad. En la mayoría de los idiomas hay apellidos que, traducidos al español, forman las palabras patronímicas de Casanueva, Buenacasa y Casamayor. Estas palabras revelan calidades ambulatorias en el género humano. También revelan cansancio por lo que se tiene y falta de agradecimiento para las cosas usadas.

Conocí, algún tiempo atrás, a cierta familia feliz. Habitaba en

vieja y holgada casona, en esa parte de la capital donde los barrios nuevos se juntan con los viejos. La familia y la casa, en la época de mi conocimiento, eran chapadas a la antigua; tenían la sencillez y la majestad de las cómodas de caoba, donde nuestros abuelos guardaban su rica ropa envuelta en papeles de seda; donde nuestras abuelas doblaban después de la misa los suaves mantos de espumilla, importados por Win Ong Chong.

La familia estaba compuesta de cinco personas: la madre, viuda; una hija, casada; un nieto de este matrimonio, y otro hijo soltero, de la viuda. Este último trabajaba con bastante fortuna en la Bolsa y había concertado matrimonio con una señorita de la mejor sociedad, sin fortuna y dotada de belleza extraordinaria, de esas que en lenguaje moderno se llaman "soñadas".

Las niñas bonitas y sin fortuna suelen ser algo exigentes; por lo demás, una mujer "soñada" requiere capas "soñadas", joyas "soñadas", etc. Sin que se lo pidiera, el novio comprendió que no podía hacer su nido en la vieja casona de adobes, ausente de esas comodidades que el modernismo hace indispensables. Se avergonzaba de los braseros arcaicos del "salón", de los pesados mobiliarios, los dormitorios grandes sin el "baño comunicado" que prescribe el rito del vivir moderno. Sus amigos ricos tenían lo que se requiere: piscinas, tornos para el comedor, cocina eléctrica, un baño para cada dormitorio, azotea, alacenas, armarios en el muro y cajas de fierro tapadas por el cuadro de precio.

Se decidió a construir, en compañía del cuñado, la casa moderna; pisos bajos para arrendar; tiendas, garage; una maravilla. La parte alquilada sufragaría los gastos de la familia. El cálculo fue establecido de manera precisa, infalible. Tantos pesos aquí, tantos allá; el préstamo hipotecario, el seguro, el valor de los planos y de la obra. Todo ello quedó claro, mediante una precisión de cronómetro. Llegó a parecerle un absurdo el haber vivido tanto tiempo así, en casa de adobes, en casa ruinosa, donde la calefacción total es imposible. Una casa sin valor, malsana por lo demás. El caso es que nadie había enfermado en ella gravemente, fuera de los males rutinarios que aquejan al pobre mundo... pero los doctores aseguraban que las casas viejas, con los patios, los chiflones de aire, los microbios, no eran muy apropiadas para vivir en condiciones higiénicas. Y por último, contenían un peligro enorme en caso de terremoto. ¿Cómo habían podido vivir ahí tanto tiempo, sin echar mano a las facilidades que se dan ahora para construir?... Se firman cuatro papeles y ya está. ¡Ni siquiera es preciso sacar dinero!...

Solamente una dificultad, un escollo apareció en el desarrollo de ese plan perfecto: la madre. Era una dama de carácter conservador, apegada a sus hábitos; nunca se aficionó al automóvil; detestaba los ascensores. Pensando que pudiera oponerse, el hijo perdió el sueño. Por fin, de acuerdo con su hermana y el cuñado, se decidió a hablarle.

En el momento emocionante estaba ella, aureolada por su vejez honorable, en la posición habitual. El brasero a los pies, la obra o bastidor frente a sus rodillas. El naranjo del patio rozaba la ventana tamizando la luz con su ramaje. Los ruidos de la calle llegaban amortiguados.

—Estando en vísperas de casarme y no queriendo separarme de su lado... (Se cortó).

—¿Qué hay hijo? Algo quieres decirme fuera de eso...

Comprendía la madre ese "algo". Le observó de manera dulce, sin una sombra de rigor.

—Dime, dime lo otro —agregó.

Más turbado quedó el hijo; por fin se decidió:

—Hemos pensado, mi novia, mi cuñado, mi hermana y yo, pedirle permiso para construir una casa moderna.

—¿Una casa? ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Aquí? (Se incorporó dejando las gafas y la labor).

—Sí. Es un proyecto moderno que se financia solo: las cajas prestan, no se pagan impuestos; ahora todo está previsto: el arquitecto hace el plano, después el ingeniero hace el cálculo del fierro, del cemento, de la madera, todo asísmico y contra incendios... porque estas casas viejas se mantienen de milagro. Los arquitectos dicen que no saben cómo están de pie; en caso de incendio arderán como una paja y no salvará nadie. Por otra parte, el contratista de demoliciones la echará abajo en una noche... y paga encima...

—¿Demoliciones? —preguntó la anciana.

—Sí, mamá. Esto no es nada..., en una noche.

—¿Y dónde nos iremos entretanto? Mientras... demuelen... (La palabra le hacía daño).

—Yo arrendaré otra casa, es sencillísimo. Uno se asusta de las palabras, pero después se ve que es todo ilusión... La casa moderna surge de la noche a la mañana, asísmica, higiénica, a prueba de peligro... Ahora los sistemas son otros. Todo el mundo está demoliendo... El Tato Verdolaga se ha hecho un palacio.

—Hijito, déjame una noche para pensar... Yo quería tranquilidad en estos últimos años..., pero ustedes son jóvenes...

*

Carros pesados, camiones, cuadrillas de obreros aparecieron una madrugada frente a la casa. Comenzaron por sacar las tejas. El barrio se vio envuelto en el polvo.

Más tarde sacaban las puertas, reventaban los ojos o ventanas de la casa condenada por fea y vieja. Cuando no quedaban más que los adobes de los muros exteriores, sin techo, los obreros, en medio de confusa gritería, comenzaron a cavar en lo que fue el patio primero. Un hachazo, otro y otro, hasta que se derrumbó el naranjo en un crujidero de ramas quedando las raíces patas arriba, húmedas todavía. Después cayeron las palmeras. Parecían demonios esos obreros oscuros dande hachazos y cargando. El naranjo, el cadáver del naranjo, en una de cuyas ramas solía colgar la jaula del canario, fue cargado con dirección al basural. Entonces se vio a una viejita llorosa que tomaba una de sus hojas verdes y la besaba.

*

Hubo disputas entre las mujeres jóvenes respecto al plano de la casa moderna. La novia quería refrigerador para pieles; la otra rechazaba la idea, pidiendo, en cambio, deslizador para basuras y casita aparte de empleadas. Cuando la novia pidió pileta con un sátiro echando agua en la terraza, estuvieron a punto de caer en palabras irreparables. "¡Eso es una siutiquería!", exclamó la cuñada. Siguió una exposición genealógica de méritos ancestrales de una parte y de otra. Cuando se convencieron de que ambas descendían de un amante de la Reina de España expulsado a Chile, terminó la disputa.

Por fin surgió el edificio dando gusto a todos: torre, pileta, deslizador y refrigerador para pieles de animales muertos. Surgió en líneas graciosas, aéreas y finas como los cabos de un *pur sang*.

Los muebles viejos, que crujían en los días del calor, evocando suspiros de espectros coloniales, fueron rematados; la jaula donde el canario gorjeaba en el patio, se perdió. El naranjo se pudrió en terrenos de cachureo, junto a las palmeras. Se compraron muebles contra incendio, camas modernas, cocina eléctrica. Construir y amoblar ahora es algo geométrico, perfecto. El cálculo no puede fallar: es numérico y depende de aparatos de precisión.

La anciana murió al ocurrir un corto circuito en el techo (la electricidad es conducida dentro de los muros). Envuelta en humo quiso

tomar el ascensor. Estaba detenido. Murió del corazón. El hijo casado con la niña "soñada" pretendió doblar sus caudales y perdió la mitad en Patiños. La caja de fierro pimpante, encargada a Nueva York, rebosa de papeles sin valor. ¡Qué diablos! Mujer soñada, pieles, autos, joyas, vestidos soñados. A veces lo soñado es "pesadilla".

*

—¡Hombre! ¿Qué es eso?

—¿Qué?

—Una grieta en el techo, una grieta y un crujir toda la noche.

—A propósito: de la tienda, en el piso bajo, vinieron a decir que los pilares se hunden.

—¡Diablos! ¿Sientes? Esta casa se viene abajo. No lo digas a mi mujer; iremos a Viña mientras tanto. ¿Y el arquitecto?

—Ayer lo vi. El no tiene la culpa. Un arquitecto hace el plano; el ingeniero tampoco tiene la culpa...

—Entonces, ¿quién?

—El contratista tampoco.

—¿Quién?

—El cemento, la arena... Hay muchos casos... El *Astur*, en Valparaíso. ¿Te acuerdas de la Caja de Crédito en la calle San Pablo? Hay muchos. En un teatro moderno, recién hecho, hubo que poner pilares enormes donde tropieza la vista de los espectadores, y lo más gracioso es que el arquitecto de ese teatro, cuando demolían el edificio centenario que ocupaba su lugar, me dijo: "Yo no sé cómo se sostenía este vejestorio. Era un milagro".

—¡Vámonos! ¿Sientes? ¡Vámonos, que se cae la casa!...

("La Nación", 29 de julio de 1937 y 30 de junio de 1960).